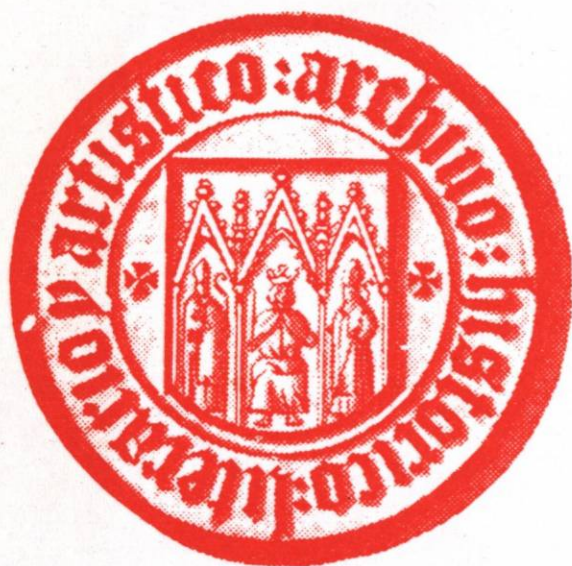


ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1989

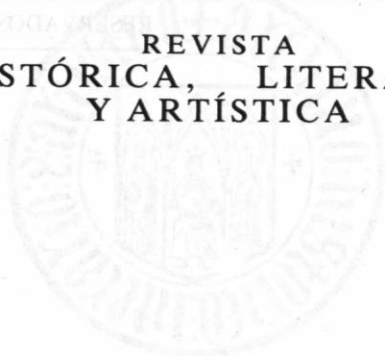
ARCHIVO
HISPALENSE



REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA





Publicaciones de la

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DIRECTORA: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 25 - 1958 I.S.S.N. 0210 - 4067

Impreso en Gráficas del Exportador - C/. Caracuel, 15 - Jerez

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2.^a ÉPOCA
AÑO 1989



TOMO LXXII
NÚM. 220

SEVILLA, 1989

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2.ª ÉPOCA

1989

MAYO-AGOSTO

Número 220

DIRECTORA: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHEN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ISABEL POZUELO MEÑO

FRANCISCO MORALES PADRÓN

OCTAVIO GIL MUNILLA

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

JOSÉ M.^a DE LA PEÑA CÁMARA

VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

ROGELIO REYES CANO

ESTEBAN TORRE SERRANO

ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

JUANA GIL BERMEJO

ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1

TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 y 422 87 31

41071 SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

ARTÍCULOS

Páginas

NAVARRO GARCÍA, Luis: <i>Simón Bolívar, la revolución sin rumbo</i>	3
RUIZ SÁNCHEZ, José-Leonardo: <i>Las asociaciones político-religiosas sevillanas durante el sexenio revolucionario</i> ...	21
SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: <i>Los diputados sevillanos durante la Restauración</i>	33
ARIAS CASTAÑÓN, Eloy: <i>Notas para el estudio del republicanismo andaluz en el siglo XIX: El Pacto Federal de Córdoba (1869)</i>	51
CALVO GONZÁLEZ, José: <i>Deudas de la Exposición y «crack» municipal en Sevilla, 1930-1934. (La política responsabilista de Manuel Giménez Fernández)</i>	65
HALDÓN REINA, José Francisco: <i>Sevilla y la postexposición. De la clausura del certamen a la caída de la monarquía</i>	85
GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Carlos Alberto: <i>El libro y la Carrera de Indias: «Registro de ida de navíos»</i>	93
GALÁN GARCÍA, Agustín: <i>La organización misional jesuita y su Hospicio de Indias en Sevilla (1566-1717). Notas para su estudio</i>	105

CARMONA GARCÍA, Juan Ignacio: <i>Funcionamiento, personal y asistencia en un centro sanitario del Antiguo Régimen: El Hospital de la Sangre de Sevilla a comienzos del siglo XVII</i>	115
ALVAREZ SANTALÓ, León Carlos: <i>La oferta de pautas de conducta cotidiana y la cimentación de valores en el libro devocional del barroco: un ensayo metodológico</i>	127
CANDAU CHACÓN, María Luisa: <i>Vida y vocación religiosa sevillana en los tiempos modernos</i>	151
GONZÁLEZ CRUZ, David: <i>Los conventos en la Huelva del siglo XVIII: vida económica y mentalidad religiosa</i> ...	165
IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José: <i>Los «Amigos del País» portuenses en la crisis de la Ilustración</i>	189
MORENO ALONSO, Manuel: <i>La «Gazeta diaria de Londres» en Sevilla</i>	203
BRAOJOS GARRIDO, Alfonso: <i>Tres discursos historicistas en la Sevilla del Pre-regionalismo (1909)</i>	213
LAZO, Alfonso: <i>El antisemitismo fascista en la prensa sevillana (1939-1945)</i>	231
BERNALES BALLESTEROS, Jorge: <i>Escultores y esculturas de Sevilla en el Virreinato del Perú. Siglo XVI</i>	261
PÉREZ CALERO, Gerardo: <i>El arquitecto Pedro de Silva en El Pedroso (Sevilla) (1758-1760)</i>	283
GARCÍA-TAPIAL Y LEÓN, José y CABEZA MÉNDEZ, José María: <i>Recuperación de la cerca almohade de la ciudad de Sevilla en el recinto de la Casa de la Moneda</i>	291
SANZ FUENTES, María Jesús: <i>La devolución a Écija del título de Ciudad: notas sobre la génesis documental en la Cancillería de Enrique III</i>	299
LÓPEZ GUTIÉRREZ, Antonio J.: <i>Sevilla, Alfonso X y el «Sigillum Aureum»</i>	309

MISCELÁNEA

- KINKEAD, Duncan: *Juan López Carrasco, discípulo de Murillo (Documentos nuevos)* 323

LIBROS

Temas Sevillanos en la prensa local (enero-abril, 1989)

- REAL HEREDIA, José J.
ZAHINO PEÑAFORT, Luisa 329

Crítica de Libros

- CORTÉS LÓPEZ, José Luis: *Los orígenes de la esclavitud negra en España*. Mundo Negro, Madrid. Universidad de Salamanca, 1986, 195 págs. 343
- MONTOYA MARTÍNEZ, Jesús, y JUÁREZ BLANQUER, Aurora: *Andalucía en las Cantigas de Santa María*, Granada, Universidad, 1981, 225 págs. 345

D. OCTAVIO GIL MUNILLA

II

HOMENAJE A

D. OCTAVIO GIL MUNILLA

SIMÓN BOLÍVAR LA REVOLUCIÓN SIN RUMBO

El día tarde de diciembre de 1819, cuando se reunieron Bolívar y sus seguidores en el campamento de Carabobo, Bolívar les dijo: "Hoy he vencido a los españoles, pero no sé a dónde voy". Estas palabras, que se repitieron una y otra vez, se convirtieron en un símbolo de la falta de rumbo de la revolución bolivariana.

La falta de rumbo y la profunda crisis que se vivió en ese momento, expresada en palabras como "¿Dónde voy?", se convirtió en un símbolo de la falta de rumbo de la revolución bolivariana.

ARTÍCULOS

La crisis de Carabobo y la profunda crisis que se vivió en ese momento, expresada en palabras como "¿Dónde voy?", se convirtió en un símbolo de la falta de rumbo de la revolución bolivariana.

En primer lugar, se debe al hecho de la inestabilidad y la falta de rumbo de la revolución bolivariana, que se convirtió en un símbolo de la falta de rumbo de la revolución bolivariana.

1. Véase, por ejemplo, "El día tarde de diciembre de 1819", en *Simón Bolívar: El héroe de la independencia*, editado por el Dr. Juan José Rodríguez Domínguez, Caracas, 1985, p. 123. Véase también "El día tarde de diciembre de 1819", en *Simón Bolívar: El héroe de la independencia*, editado por el Dr. Juan José Rodríguez Domínguez, Caracas, 1985, p. 123. Véase también "El día tarde de diciembre de 1819", en *Simón Bolívar: El héroe de la independencia*, editado por el Dr. Juan José Rodríguez Domínguez, Caracas, 1985, p. 123.

SIMÓN BOLÍVAR, LA REVOLUCIÓN SIN RUMBO

Una tarde de diciembre de 1830, cuando sólo unos pocos días de vida le quedaban ya, preguntó Simón Bolívar a uno de sus acompañantes si se imaginaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo, y ante la perplejidad de su interlocutor el mismo Bolívar dio la respuesta: «los tres más grandes majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... yo».

Sólo de puntillas y con profunda piedad es lícito acercarse a un moribundo para oír esas palabras que pueden expresar el balance final de toda una existencia y revelar las capas más recónditas de una personalidad.

La frase, la última frase genial del vasco Bolívar, tan apreciada por el vasco Unamuno (1), es de las más ricas en contenido y merecedora de un breve comentario que generalmente se le ha rehusado. Quizá nos permita captar una dimensión importante de Bolívar.

En primer lugar se advierte la mezcla de humildad y soberbia del autor de la sentencia. Se autocalifica de majadero, pero no uno cualquiera, sino uno de los más insignes del mundo, y se busca dos celebridades como colegas. Denota esa humildad que ha llevado a más de un cristiano a presentarse como «el más grande pecador de la Humanidad», y a hacerse enterrar en el lugar más transitado del templo con el pretexto de ser allí pisado por todos. Humildad que parece buscar notoriedad.

(1) Unamuno, Miguel de: *Don Quijote y Bolívar*, en *Obras Completas* (Madrid, 1950), III, págs. 1116-1122. Unamuno conoce el episodio a través de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, como Saldarriaga Betancur, Juan Manuel: *Anecdotario del Libertador*, Medellín 1953, pág. 122. Vid. también Ramos, R. Antonio: *Bolívar visto por Unamuno*; en «Boletín de las Sociedad Bolivariana del Paraguay», vol. VI, Asunción 1970, págs. 26-27. La frase es igualmente recogida por Mijares, Augusto: *El Libertador*, Caracas 1965, 2.ª edición, pág. 104, tomándola de Cornelio Hispano. La calificación de «última frase genial» se debe a Rumazo González, Alfonso: *Simón Bolívar (Biografía)*, Caracas-Madrid 1975, 6.ª edición, pág. 258.

Pero cabe otra consideración más honda de la frase: ¿qué es lo que pueden tener en común Jesucristo, Don Quijote y Bolívar? ¿En qué consiste esa «majadería» que parecen compartir los tres? Cualquiera que se pare a pensarlo —pasando más allá de la banal observación de que Jesucristo es un personaje real, mientras que Don Quijote es un ente de ficción; y pasando más allá de la aparente irreverencia de equipararse Bolívar a Jesucristo y de clasificar a éste como majadero—, cualquiera que se pare a pensarlo concluirá que lo que los tres personajes tienen en común es el haber luchado sin desmayo, con absoluta entrega, por un ideal... y haber fracasado finalmente en la empresa.

La frase en cuestión es, por tanto, la más terminante confesión de derrota por parte de Bolívar, y resume de manera lapidaria sus incabables reflexiones de muchos años, hondamente impregnadas de pesimismo y dolor en los últimos meses de su vida. Ofrece además la sorpresa de ver que Bolívar se equipara con Don Quijote. El que siempre blasonó de europeísmo e hizo gala de sus lecturas francesas y de su anglofilia, en este momento reconoce en sí mismo su condición natural de hidalgo español entregado a la conquista de un ideal, una Dulcinea inalcanzable, y profundamente decepcionado por la corteidad de miras y la ingratitud de aquellos a quienes había consagrado sus trabajos. En esas palabras de Bolívar hay resonancias ciertas de aquellas otras de Don Quijote: «siempre lo he oído decir, Sancho, que el hacer bien a villanos es echar agua a la mar».

Y en fin, Bolívar se identifica con Jesucristo. No hay, pensamos, un adarme de irreverencia en la expresión, que por más desenfadada que resulte, denota muy a las claras cuánto ahondó Bolívar en su conciencia de cristiano y en su concepto del cristianismo para, en la última etapa de su vida, venir a compararse con Cristo. ¿No es Cristo el modelo para todos los cristianos? Y aunque hubiera un tinte de sarcasmo en la frase, dirigido contra sí mismo, ¿no se enaltece e idealiza Bolívar parangonándose con el Redentor y su supremo sacrificio? ¿No se percibe la admiración del Libertador por otro más universal Libertador de los hombres?

Pero vengamos al aspecto que aquí más directamente nos concierne: la conciencia de fracaso en Bolívar, de completa ruina de todo el esfuerzo por él desplegado durante veinte años.

Cuando celebramos a Bolívar celebramos un fracaso, y esto en más de un sentido. De aquí hemos de partir. Convendrá, por eso, advertir el ánimo que nos mueve al iniciar esta exposición.

Ante todo, no se trata de que hoy —ciento cincuenta años después— un historiador —un hombre de gabinete— se permita enjuiciar y tal vez lanzar una diatriba contra un brillante hombre de acción, que recorrió miles de leguas por tierras y mares de América, que conoció

la derrota y la victoria al frente de sus tropas, que persiguió incansablemente difíciles objetivos militares y políticos.

Y sin embargo, misión es del historiador la de analizar en detalle el pasado, no por vana curiosidad, sino buscando en ese pasado las raíces de su propio tiempo, la explicación de sus propios problemas, haciendo, por tanto, verdad el principio de que toda historia sea historia del presente.

En este espíritu, parece oportuno declarar que si Bolívar nos interesa es, sencillamente, porque Bolívar es el español más importante de la Historia Contemporánea, que él inaugura. El más importante atendiendo a la impronta dejada por su acción individual, que no se trata aquí de perdonar, ni de condenar, ni de glorificar.

Se trata tan sólo —y no será poco difícil— de comprender lo más desapasionadamente posible en una sucinta exposición, cuáles fueron los proyectos básicos de Bolívar y cuáles algunos de los motivos de su fracaso, y estos sí que son importantes, porque sus efectos pesan todavía hoy, desgraciadamente, sobre nuestro mundo. Y nuestro mundo es, por supuesto, el mismo en el que Bolívar dejó su huella, el mundo hispánico.

Vivimos las gentes del mundo hispánico la Era de Bolívar. Nuestro mundo es, en efecto, el mundo de Bolívar, porque él fue el principal forjador —y por tanto una de las principales claves— de la situación que nosotros heredamos y en la que todavía nos movemos.

Lo que él logró, quedó hecho. Lo que él no consiguió, todavía está por hacer. Logró destruir el Imperio español. No logró crear una nueva entidad que sustituyese, y a ser posible ventajosamente, a aquel Imperio. Tampoco logró poner a las nuevas naciones en vías de progreso.

Por eso su Revolución sigue inconclusa.

En este frustrante resultado, del que Bolívar se lamenta al fin de sus días, a él le cabe una responsabilidad individual indiscutible.

Fue suyo el principal mérito en el logro de la Independencia. Proceso muy largo y complejo, que tiene por escenario todo un continente y en el que entran otras muchas fuerzas y circunstancias, pero cuyo desarrollo y desenlace final resultarían inimaginables si de él sustráramos la figura y la acción del caraqueño. A ese desenlace final él contribuyó decisivamente aportando sin reservas su talento y su audacia, pero sobre todo su más apreciable virtud: la de la tenacidad con que persigue sin tregua su objetivo durante quince años, acometiendo una y otra vez a un adversario correoso y duro que repetidamente le obligó a abandonar el campo... sólo para preparar una nueva embestida.

Junto a esto, palidecen sus capacidades como militar en el terreno de operaciones, y más aún su aptitud para el liderazgo político, abiertamente rechazado por la mayoría de sus compañeros de aventura, y

que sólo resulta eficaz en reducidos círculos, principalmente militares. Por eso él pudo hacer la guerra, pero no la nación, ni la Revolución —y esto también es de su responsabilidad.

En la Emancipación de Hispanoamérica, el hecho político —la Independencia, la posible Revolución— queda absolutamente ensombrecido o desplazado por el hecho militar. Y ello es así precisamente por la fuerza de la reacción, por la enorme autoridad y prestigio que conservaba la monarquía española, por el temor al cambio y al efecto destructor de la Revolución que sentían las élites coloniales. Más aún, no experimentándose sino en grupos muy minoritarios el deseo de negar la obediencia a España, este hecho sólo pudo producirse violentamente. «La gente, el hombre venezolano —ha escrito Guillermo Morón— no entendía, ni deseaba la Independencia. Hubo que imponerla» (2).

He aquí un dato fundamental para comprender el destino de la Revolución Hispanoamericana: la ausencia en los momentos iniciales de un proyecto suficientemente difundido, la ausencia de un clima revolucionario, de una situación revolucionaria, de unas «condiciones objetivas» que constituyesen la preparación para el cambio.

En esta situación, lo que sí se podía hacer —lo que hizo Bolívar en 1811 aprovechando la momentánea debilidad de la metrópoli— era provocar un golpe de Estado que dejase el gobierno de Venezuela en manos de la oligarquía caraqueña, desconociendo los derechos de Fernando VII, pero sin ningún propósito de transformación social. Así se hizo, en efecto, y —como suele ocurrir en la Historia— muy fácilmente al parecer. Bastó redactar, firmar y publicar un documento. El 5 de julio de 1811, según ese escrito, las Provincias Unidas de Venezuela se convertían en un Estado libre e independiente. En apariencia, asunto concluido. En realidad, el asunto no había hecho sino comenzar.

Pero no seguiremos adelante sin pararnos primero un momento a considerar la participación y los móviles de Bolívar en este paso.

Algunos grandes revolucionarios han vivido la Revolución que les correspondió protagonizar desde sus inicios hasta su triunfo y consolidación. Tal el caso de Washington y Jefferson, de Stalin, de Mao. Verdaderamente ellos *hicieron* su Revolución siempre desempeñando los primeros o primerísimos papeles, como inspiradores y conductores del proceso.

(2) Morón, Guillermo: *Historia de Venezuela*, Caracas 1971, V, pág. 114. De manera más matizada, mostrando la complejidad y ambigüedad de los impulsos que mueven la Independencia, y anulando así muchos tópicos, viene a coincidir en esta apreciación el estudio de Carrera Damas, Germán: *La crisis de la sociedad venezolana*, Caracas 1976.

Otros revolucionarios, en cambio, la mayoría, sucumben en el transcurso de ese proceso, víctimas naturales de él —la Revolución devora a sus padres—, o bien se incorporan a la Revolución cuando éstas ya ha iniciado su andadura, de modo que sólo fueron testigos lejanos o actores involuntarios —como guijarros arrastrados por el arroyo— en los momentos iniciales del proceso, de cuyo desencadenamiento no se les alcanza responsabilidad ni mérito, pudiendo en cambio ser luego los beneficiarios finales de la transformación experimentada. Los girondinos y Robespierre en Francia, como Kerenski y Trotski en Rusia, pueden ser ejemplos de un caso, como Napoleón lo es del otro.

En la Independencia de Venezuela, Francisco de Miranda, como precursor y actor en los primeros momentos, podría entrar en la categoría de los promotores luego dramáticamente desplazados de la escena. José Antonio Páez pertenece a la de aquellos que emergieron a la notoriedad en medio del torbellino y acabaron alzándose con los frutos del éxito.

Bolívar, en cambio, promueve y dirige su Revolución invariablemente, desde la fase conspiratoria a la de culminación —o mejor, de estancamiento—, con todo el afán de quien lleva a cabo una empresa personalísima.

¿Cuál era el proyecto de esa empresa? La trayectoria de Bolívar con anterioridad al año 11 permite adivinar sus rasgos elementales: en primer lugar, desde luego, el propósito de liberar a su patria de las cadenas que la oprimían por voluntad del poder español, según el célebre juramento del Monte Sacro, en Roma, en 1805, en fecha anterior incluso a la de la «aventura» de Miranda. Después viene el republicanismismo, percibido en Francia en agudo contraste con la monarquía absoluta de Carlos IV. Puede añadirse con menor seguridad la simpatía por el sistema institucional británico, del que tuvo conocimiento directo en 1810. Sabemos además de su admiración por otro «libertador», Washington, cuyo país visitó en 1807 y cuyo carácter suscitaba en él confesada emulación. Por último, cabe suponer en el alma de Bolívar, ya en esta época, un primer asomo de la perplejidad que experimentaba —sentimientos contrarios de atracción y rechazo— ante la realidad de la exaltación del poder personal, para él perfectamente revelado en la coronación de Napoleón I, que presencié: aquel episodio hería sus sentimientos republicanos, pero a la vez hablaba elocuentemente a su corazón que ambicionaba la gloria del héroe.

El proyecto era, pues, vago y contradictorio —pero eso es común a todos los movimientos revolucionarios. Eso permite a los actores concentrar todo su interés y esfuerzo en el primer acto de la Revolución —el golpe de Estado— aplazando para más adelante la solución de problemas que consideran secundarios en un futuro que adivinan feliz.

Pero aun para la ejecución de sólo el primer punto del proyecto —la descolonización de Venezuela— Bolívar necesitaría un séquito, una fuerza. No bastan un hombre y una idea. ¿Contó Bolívar con ese respaldo? Probablemente, no. Sabemos que al regreso de su segundo viaje a Europa encuentra amigos a los que reúne en tertulias en su casa. Es de presumir que allí se hablase de una hipotética emancipación de Venezuela, pero es muy dudosa la existencia de un plan subversivo que jamás se materializó. En cambio, parece seguro que no tuvo Bolívar intervención en los hechos del 19 de abril de 1810, en la instalación de la Junta de Caracas, a semejanza de las Juntas surgidas en la península, «defensora de los derechos de Fernando VII», lo que no impidió que fuera considerada rebelde por la Regencia de Cádiz.

Para el historiador, la «revelación» de Bolívar se produce pocos meses después, cuando, enviado por esa Junta de Caracas como emisario para tomar contacto con el gobierno de Londres, hace a Lord Wellesley abiertas peticiones de ayuda para lograr la independencia de Venezuela. Parece que en tal ocasión habla a título personal. Sus compañeros de embajada —Luis López y Andrés Bello— retroceden espantados. También en Londres busca, persuade y empuja al renuente Francisco de Miranda, hasta conseguir que se embarque para volver a Caracas, donde el Precursor es recibido con sorpresa y desvío, señal de que muchos de los de la Junta no comulgaban con su propósito.

En los meses siguientes, Bolívar contará con dos instrumentos para la realización de su plan: uno, Miranda, el viejo general revolucionario; otro, la Sociedad Patriótica, especie de club jacobino del que arrancó la demanda de la Declaración de Independencia, obtenida del Congreso en Caracas el 5 de julio de 1811. En ese momento nace la República —la primera República— de Venezuela. Simón Bolívar ha visto realizados sus planes, y esto con escaso esfuerzo y actuando en la penumbra: ni promovió la Junta, ni formó parte de ella, ni luego del Congreso, ni firma el Acta de Independencia, ni tendrá puesto en el gobierno de la República. Pero él busco la ayuda inglesa, él trajo a Miranda y él pronunció la noche del 3 de julio el discurso que movió a la Sociedad Patriótica a exigir la proclamación de la Independencia, objetivo logrado, sin duda con la colaboración de Miranda, dos días después.

¡Si todo hubiera quedado resuelto aquí! Pero un año después la República deja de existir. La resistencia realista de las provincias vecinas, el terremoto de marzo y la aproximación del minúsculo ejército del teniente de navío Monteverde han dado al traste con el gobierno de Caracas. Miranda cae en manos de los españoles. Bolívar, poco destacado por su «discreta» actuación, obtiene de Monteverde un salvoconducto para salir de Venezuela.

Han de pasar cinco años —de 1812 a 1817— para que Bolívar

vuelva a hacer pie definitivamente en su tierra. Esta vez no en Caracas, sino en Angostura, a orillas del Orinoco. En el intervalo, la Revolución ha vestido sus más negros ropajes, los de la fratricida guerra civil —con connotaciones de guerra social y racial— y los del Terror: la «guerra a muerte», así proclamada por Bolívar y practicada por ambas partes. Es ahora cuando la Revolución, hecho político, adquiere un casi exclusivo aspecto bélico. La riqueza del país es arrasada, miles de individuos perecen en los combates, en los fusilamientos, o pasados a cuchillo en cárceles y hospitales. Las poblaciones son pasto de las llamas, y miles de familias se ven forzadas a evacuarlas, realizando en su huida penosísimos desplazamientos a través de grandes distancias.

No, la Revolución de 1811 no había traído la felicidad a Venezuela.

Bolívar, el cerebro oculto que había movido a los actores en el escenario, había errado en la estimación de dos factores: la que resultó ser inmensa fuerza de la reacción monárquica, españolista, en América, y la capacidad de supervivencia de la propia España, que si en 1811 parecía sojuzgada por Napoleón, en 1814, vencido el corso, estaba en condiciones de enviar un ejército a Venezuela, como lo hizo.

La horrible confusión de estos años introduce como actores a diversos grupos sociales y étnicos con cuya participación no se contaba en el proyecto de Independencia: los negros esclavos, los pardos o mulatos, los llaneros del interior. Grupos que son movilizados alternativamente por los dos bandos y arrojados como leña al fuego que consume a Venezuela, pero que también, al intervernir como actores en el conflicto, van a plantear aspiraciones propias que habrán de ser satisfechas y comprendidas en el programa de la Revolución. Así se carga de contenido social el proyecto inicial meramente político.

La trayectoria personal de Bolívar ofrece en esta etapa intermedia dos novedades. Bolívar ocupa el primer plano de la escena, asumiendo abiertamente el protagonismo de la Revolución; Bolívar se conduce además de tal forma que el destino de Venezuela queda vinculado al de la vecina Nueva Granada, en cuyo proceso revolucionario paralelo él interviene repetidamente. De otro lado, el despliegue de la personalidad de Bolívar tropieza con un obstáculo previsible, pero que hasta ahora había sido soslayado: la resistencia de otros varios importantes caudillos revolucionarios a aceptar la jefatura del gran caraqueño.

Tocamos aquí el aspecto más delicado de los que constituyen esta etapa, y a la larga el más decisivo, y ello es así porque, en fin de cuentas, el objeto del proceso revolucionario es la sustitución de un poder por otro, cosa que desde luego ha de realizarse al margen de las instituciones y muchas veces creando otras nuevas. Ahora bien, Bolívar se ha rebelado contra el orden preexistente, implantado y sostenido por

España, pero no consigue la instauración de otro nuevo, el que él había concebido y en el cual, además, él ocupase el lugar preeminente que apetecía y que creía merecer.

En el quinquenio de 1812 a 1817, verdadera fase intermedia de la empresa bolivariana, no sólo se han producido dos estancias de Bolívar en Nueva Granada y tres intentos de invasión de Venezuela: el primero por tierra, la «campana admirable», que le dio el control de Caracas durante once meses; el segundo y el tercero, desembarcos en Carúpano y Ocumare, y en Barcelona, tentativas fallidas hasta que logra afianzarse en Angostura, a orillas del Orinoco.

Además de todo eso, se ha dado el pretendido restablecimiento de la República de Venezuela, que Bolívar comunica al Congreso de Nueva Granada en 1813, desde Caracas, sin que eso significase que ninguna de las instituciones republicanas entrase en funcionamiento; por el contrario, no existiría más autoridad que la de Bolívar como general del ejército: Bolívar, en quien nadie podría demostrar que residía la legitimidad —fuese cual fuese— de la «primera república de Venezuela». El mismo Bolívar que en esa fecha, después de haber realizado campañas al servicio de Cartagena, ostenta el título de brigadier de los ejércitos, luego de mariscal de campo, y ciudadano de Nueva Granada, y que va a obtener poco después los de capitán general de los ejércitos de Venezuela y «Libertador», títulos estos otorgados por aclamación por la municipalidad de Caracas.

Esa cascada de distinciones no impide que, cuando haya de salir huyendo de Caracas, sus correligionarios Piar y Ribas lo reciban a cañonazos y lo arresten, obligándole a huir de nuevo pistola en mano. Refugiado segunda vez en Nueva Granada, es nombrado general de división y capitán general de la Confederación neogranadina, pero ahora no logra hacerse obedecer por el gobernador de Cartagena. Decide asilarse en Haití, y aquí un grupo de amigos lo nombra Jefe Supremo, pero seis meses después, en la costa de Venezuela, las tropas se le sublevan y ha de huir de un atentado. Cuando vuelve por última vez al continente, a Barcelona, viéndose desobedecido y rechazado, resuelve marchar al interior, hasta el Orinoco.

Todos estos episodios —y los que han de seguir del mismo estilo— que los especialistas conocen muy minuciosamente, encierran un trágico significado: Bolívar, para nosotros cerebro y alma de la Revolución, no era aceptado como tal por sus compañeros de armas, sus pares o iguales. Un Piar o un Mariño, un Bermúdez, un Arismendi, un Ribas o un Páez, que han levantado partidas y mandan guerrillas en el Oriente y los llanos venezolanos, no se sienten movidos a reconocer la supremacía de Bolívar, por más que éste se presente autorizado por los títulos neogranadinos, por las aclamaciones de Caracas, por la elección de sus leales. Le faltó, sin duda, a Bolívar ese carisma

que hubiese aglutinado espontáneamente en torno suyo a aquellos hombres cuyo concurso era indispensable para llevar a cabo la empresa que él se había propuesto (3). Y esa carencia privaba al proceso revolucionario del principio vertebrador que sostuviese y diese vida a las instituciones del nuevo Estado. Bolívar debía saberlo: por eso en la primera fase había preferido quedarse en la oscuridad como director de escena, en lugar de acercarse a las candilejas como primer actor. Ahora, forzado al protagonismo, sin titeres que manejar ni figurones tras los que ocultarse, comprobaba la insuficiente irradiación de su personalidad, que no bastaba para atraer a todos los venezolanos a sus filas.

Desde ese momento la Revolución está en peligro, porque a Bolívar, que la ha provocado y la va a hacer triunfar por las armas, la situación se le escapa de las manos en el mismo bando de los vencedores.

Sin embargo, todavía hay recursos de los que hacer uso para introducir un cierto orden, y el Libertador los va a utilizar. El primero, la fuerza. No ha transcurrido mucho tiempo de su instalación en Angostura, y precisamente cuando la guerra —la «campana del centro»— ha vuelto a serle adversa, cuando Bolívar, Jefe Supremo, hace fusilar al general Piar, aquel mulato que repetidamente se le había insolentado y que le negaba aptitud para el mando militar. La ejecución serviría de advertencia a los otros «fraccionalistas» y a quienes sintiesen la tentación de aprovechar la Revolución para desencadenar la guerra de razas, o de colores, la temida revuelta de la gente de color que tan espantosa huella había dejado, pocos años antes, en Haití y en otras colonias francesas.

Pero la fuerza es un expediente al que Bolívar no es proclive. Un revolucionario más resuelto no hubiera vacilado en disponer la eliminación física de sus rivales con la misma dureza con que había decretado la «guerra a muerte» contra los representantes de la reacción. Bolívar debía saberlo: había visitado la Francia revolucionaria, había estado a punto él mismo —y volvería a estarlo— de ser víctima de atentados con los que otros habían buscado desembarazarse de él.

Sin embargo, Bolívar rehusará proseguir por este camino. En su lugar, echa mano del otro recurso: la instalación de un gobierno —un «aparato» que de alguna manera legitime su actuación y le cubra las espaldas, y organice, además, el país, a ser posible de conformidad con las ideas del Libertador.

(3) Este hecho puede ser también expresado de esta otra manera: «Bolívar se verá rodeado de deslealtad hasta la muerte». Rumazo, ob. cit., pág. 122.

Porque ésta es —ahora también se ha descubierto, desde el comienzo de esta fase intermedia del proceso— la otra grave falla que hace peligrar el fruto de tanto esfuerzo. ¿No había sido una broma de mal gusto que, apenas estrenada la Independencia a la que Bolívar les arrastrara, los intelectuales burgueses de Caracas redactasen una Constitución ideal, federalista, más propia de un país culto y bucólico que de una sociedad tan compleja y en un trance tan difícil como el de la primera República venezolana? Al menos, así lo pensaba el Libertador.

«Lo que debilitó más el gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación... El sistema federal... es... el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados... No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos... Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas».

Así pues, Bolívar intentará constituir en Angostura un gobierno centralista. Ya sus rivales se habían anticipado celebrando en Cariaco un improvisado Congreso que pretendía reasumir la autoridad de la primera República aplicando aquella Constitución federal. El Libertador hará su Congreso rompiendo con aquel precedente, para dar otra trama institucional a su poder.

Tan distinto es el nuevo proyecto, que la república que nace en Angostura no es realmente la de Venezuela, sino la de Colombia, o Gran Colombia, entidad supranacional concebida por el Libertador en los días de Jamaica, y que teniendo una dilatada extensión territorial —como que debía comprender Venezuela, Nueva Granada llamada Cundinamarca, y, en su momento, Quito— no tendría sino un solo Congreso y un solo presidente: Bolívar, que así impone el centralismo y así resulta catapultado, de la posición de jefe precario de sus discolos compañeros de armas, a la de gobernante —sobre el papel— de un inmenso país que a la fecha, 1819, estaba casi totalmente en manos de España.

Por diversas razones, Angostura resulta la principal inflexión, el más importante hito en la carrera de Bolívar. Situado el episodio cronológicamente en el promedio de sus veinte años de vida política, allí —por más que al observador le resulte frágil o ficticio— el Libertador ha logrado su definitivo encumbramiento político, haciendo nacer a la vez una gran nación.

Pero además, a partir de Angostura, Bolívar parece entrar en un camino de madurez y de declive. Podríamos decir incluso, de aparente plenitud y de rapidísimo agotamiento. Es lo cierto que cuando en

1819, dejando un embrión de Estado en Angostura —cuyo legislativo tampoco se plegará del todo a sus deseos—, emprende la célebre marcha hacia Nueva Granada atravesando los Andes, le esperan los días de mayor gloria: las aclamaciones de Quito y Lima, las derrotas españolas de Pichincha, Junín y Ayacucho, la proclamación como Dictador del Perú y la creación de una nación que había de llevar su nombre: Bolivia. Ha logrado, pues, el objetivo inicial y central, enunciado ya en sus días de Londres: «nosotros... nos empeñamos en la emancipación general»(4). ¡Si todo hubiese consistido en eso!

Pero la empresa militar, no deseada ni inicialmente prevista, que es donde Bolívar logra sus triunfos, no es acompañada por un afianzamiento paralelo del sistema político expresión del nuevo Estado que Bolívar debía alumbrar. Sabemos que la Constitución de Angostura careció de efectividad porque el estado de guerra de Venezuela lo imposibilitaba, y que sería sustituida por una nueva Constitución, la de Cúcuta, elaborada en esta población fronteriza por legisladores colombianos y venezolanos siguiendo hasta cierto punto las directrices de Bolívar —de nuevo, una Constitución centralista— pero falta de algunos de los elementos que el Libertador hubiese querido ver en ella, lo que le haría decir que las campanas de Cúcuta estaban doblando por Colombia.

Su insatisfacción lleva a Bolívar a proferir juicios injuriosos y a verter opiniones peligrosas sobre los padres constituyentes.

«Esos señores —escribe— piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército; porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de manos de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta, con más o menos malignidad...» «¿No le parece a Ud., mi querido Santander, que esos legisladores más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina?» (5).

He aquí de nuevo manifestada la debilidad política de Bolívar. Ahora, como en 1811, él, que ha dispuesto la escena, no logra que los actores reciten los papeles que él les hubiera asignado. Y él, que ha patrocinado ese Congreso Constituyente porque *necesita*, ciertamente, organizar el Estado, es el primer impugnador de la autoridad y la labor de aquellos hombres que son quienes *formalmente* —y no el ejército— representan al pueblo de la Gran Colombia.

(4) Bolívar a la Junta de Caracas. Londres, 8 setiembre 1810.

(5) Bolívar a Santander, 13 junio 1821.

Aquí, como en Caracas en 1811, pero ahora irremediamente, empieza otra vez a perder el dominio sobre los acontecimientos.

La Revolución de Bolívar, por tanto, pierde el rumbo. Y cabe preguntarse: si Bolívar sabía qué Estado quería configurar —y a buen seguro que lo sabía—, y si creía como se acaba de ver que «el pueblo está en el ejército», del cual él era Jefe Supremo, ¿por qué no asumió por sí mismo plenos poderes, por qué no dictó y puso en vigor su Constitución, que es lo que hubiera hecho un verdadero revolucionario?

Tocamos aquí, ya en 1821, el terreno de las contradicciones en que vive el espíritu de Bolívar, y que serán su torcedor en los años que le quedan de vida. El no consigue implantar la República que desea, pero tampoco se decide a arrostrar la impopularidad que se hubiera atraído al establecer un régimen de fuerza, como vacila ante la tentación de instaurar una monarquía en la Gran Colombia. Su perplejidad en estas materias era ya antigua y característica.

En su conciencia pugnan el amor a la democracia republicana —de ahí su condena a Napoleón por haberse convertido en emperador— con el convencimiento de que las nuevas naciones necesitan un gobierno enérgico y conservador —de ahí su condena del federalismo, que considera sistema «débil y complicado», confesando que no llega a explicarse cómo puede dar resultado en los Estados Unidos (6).

Toda la ciencia y la teoría políticas tan profusamente expuestas en los escritos del Libertador, y que tienen espléndida concreción en los sucesivos proyectos constitucionales bolivarianos, parecen haber sido elaboradas con ese fundamental objetivo: el de diseñar un poder

(6) Literalmente dice en el Discurso de Angostura: «Cuanto más admiro la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro estado. Y según mi modo de ver, es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer embarazo o peligro. A pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad y se alimenta de pura libertad. Lo diré todo, aunque bajo de muchos respectos este pueblo es único en la historia del género humano, es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas». En nuestra opinión el rechazo de Bolívar al federalismo es más rotundo de lo que Carrera Damas, en un estudio por cierto estimable, indica; para el Libertador, el funcionamiento del federalismo de los Estados Unidos es «un prodigio» —expresión deliberadamente repetida y que es sinónimo de «milagro» o «hecho que desafía las leyes de la Naturaleza», y eso aun contando con las virtudes del pueblo norteamericano. Para el autor citado, Bolívar simplemente contraponía las características de dos pueblos para mostrar que lo que parece bueno para los norteamericanos puede no serlo para los venezolanos. Carrera Damas, Germán: *El discurso de Bolívar en Angostura: proceso al federalismo y al pueblo*. En *Validación del pasado*. Caracas 1975, págs. 162-168.

ejecutivo fuerte (7). Y Bolívar sabía hasta qué punto la institución monárquica, por su continuidad y su intangibilidad podía contribuir a la estabilidad del poder. Su declarada admiración por el modelo constitucional británico lo indica, y trasluce con toda nitidez su pensamiento el hecho de que no le repugne el trasplante a la América española de un patrón extranjero, a él que con tanta justeza había sostenido en Angostura que la excelencia de un gobierno consiste «en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para la que se instituye». ¿En qué se adecuaba el ejemplo británico a la realidad sociocultural venezolana o colombiana? Sin duda, en su condición de monarquía constitucional conservadora, es decir, la más parecida a la absoluta que habían conocido las colonias, pero permitiendo la participación popular en una de las dos cámaras del legislativo, siendo la otra vitalicia.

El no podía proponer a los constituyentes venezolanos o neogranadinos, a bolivianos o peruanos, la instauración de una monarquía a la inglesa, pero sus proyectos sólo se detienen un paso antes de esta posibilidad cuando concibe un presidente vitalicio, incluso con derecho a la designación del vicepresidente que habría de sucederle también de por vida, así como proyecta un cuerpo de senadores o censores igualmente vitalicios. La fórmula, que alcanza su más madura plasmación en la Constitución que redactó para Bolivia, es tan poco republicana que a lo que más se parece es a la monarquía británica y al Imperio Romano, cuya forma de adopción de herederos por los emperadores privados de sucesión familiar venía como anillo al dedo al propio Bolívar si, renunciando a proclamarse rey, lograba que fuese aceptada en la Gran Colombia la Constitución boliviana y ocupar él el sillón presidencial.

De esta manera buscaba soslayar la necesidad de «coronarse», a lo que sus partidarios le estimulaban, y que por los años en que adopta esta línea de conducta ya no está tan lejos en su horizonte de posibilidades. En sus escritos de 1826 aparecen frases como: «En Venezuela claman por un imperio» y «los pueblos aguerridos en la anarquía y veteranos en la revolución están todos clamando por un imperio», como comenta «la idea de imperio, que unos me atribuyen y otros me piden

(7) Sobre el particular se ha señalado una paradoja no extraña a nuestro planteamiento: «Nosotros no hemos perdonado a Bolívar la creación del *ejecutivo fuerte*, cuando el único poder débil fue el del Libertador». Cadena Copete, Pedro: *La frustración bolivariana*, Bogotá 1975, pág. 127. Nada tiene, por otra parte, de extraño que el Libertador deseara un ejecutivo fuerte si, como dice Salcedo Bastardo y es normal en la dinámica de las revoluciones, Bolívar quería «usar el Gobierno como instrumento de y para la obra revolucionaria». Salcedo Bastardo, J. L.: *Visión y revisión de Bolívar*. Caracas 1960, 4.ª edición, pág. 311.

como medio de salvación», y esto después de las experiencias de Francia y México, de dos generales coronados sobre los que no mucho antes había escrito: «Nadie detesta más que yo la conducta de Iturbide, pero... pocos soberanos de Europa son más legítimos que él, y puede ser que no sean tanto», y «Bonaparte en Europa e Iturbide en América son los dos hombres más prodigiosos, cada uno en su género, que presenta la historia moderna: los primeros bienhechores de la patria y de la independencia nacional» (8).

Parece que en este momento no es la idea de la coronación como atentado a la libertad, sino el conocimiento del trágico final de Bonaparte e Iturbide, lo que más eficazmente frena al Libertador, consciente de la debilidad de sus fuerzas y cuidadoso de no arriesgar su popularidad y su gloria. Por eso sus esfuerzos se orientan a aplacar y atraer al sector de sus contradictores, los liberales exaltados, republicanos y federalistas, en una operación de «ampliación de las bases» de sus adictos. Sólo que esa operación no tendrá éxito. Bolívar ni satisfará a sus partidarios, ni logrará evitar el descrédito y la repulsa generalizada en los últimos días de su vida.

Esos que alguien ha llamado los «cinco años que sobraron en la vida del Libertador» (9), son los años que siguen al nacimiento de Bolivia y en los que el proyecto político de Bolívar definitivamente naufraga. Su Constitución boliviana va a ser descartada en la misma Bolivia. De Perú ha de salir rodeado de una creciente hostilidad y, lo que es peor, a la Gran Colombia regresa alarmado por todos los síntomas de la descomposición de esta república gigante, mientras que el gran Congreso de todas las naciones hispanoamericanas que él había convocado en Panamá se clausura sin ningún resultado práctico. Manifiestamente, él mismo, con toda su gloria, es incapaz de seguir manteniendo unidas a Caracas, Bogotá y Quito, ni aun asumiendo poderes excepcionales, como es incapaz de poner término a las veleidades de sus poderosos rivales, aunque subordinados, Santander y Páez, rivales también entre sí, pero igualmente opuestos a los planes del Libertador.

¿Cuál fue el error y cuál la debilidad de Bolívar en este momento?

Apreciado el episodio tal como lo vieron los coetáneos, surge una

(8) Un penetrante análisis de estas expresiones se encuentra en Ramos Pérez, Demetrio: *El proyecto de 1826: una clave en la evolución de Bolívar*. «Cuadernos Americanos», n.º 401, noviembre 1983, págs. 21-32.

(9) Así se titula un estudio de Alvaro Valencia Tovar, citado por Bushnell, David: *The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation?*. «Hispanic American Historical Review», n.º 63 - 1 February 1983, págs. 3-36.

respuesta clara: Bolívar, sin duda un «voluntarista», infravaloró la fuerza de los localismos y particularismos; la resistencia de los venezolanos a verse gobernados desde Bogotá y por políticos neogranadinos; la repugnancia de los granadinos a albergar tropas venezolanas; la voluntad autonomista de Quito, plenamente manifestada más de quince años atrás. O tal vez no los infravaloró, pero confió en lograr, a pesar de todo, cohesionar aquellas tres partes disímiles y nunca bien conjuntadas en la época española en un todo superior, la Gran Colombia. Y esto, no porque lo creyera fácil, sino porque lo creía *necesario*.

Se puede apostar a que Bolívar, que había apreciado directamente el poderío político, militar y económico de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos, que había captado a la perfección desde los días de Amiens lo que era el equilibrio de las potencias, jamás pensó en crear ni presidir naciones débiles y pequeñas, y ahí está la Carta de Jamaica para demostrarlo. Pensaba en Inglaterra como aliada y miraba a los Estados Unidos como vecino peligroso. Al independizar las colonias españolas debió intuir el riesgo de caer bajo una nueva tutela; eso es lo que quiso evitar forjando la Gran Colombia y preparando una liga de naciones hispanoamericanas.

Sólo que le faltó fuerza —y tiempo— para llevar esa empresa a buen fin.

Y le faltaron también —hoy podemos suponerlo, a siglo y medio de distancia— dos fórmulas o instrumentos políticos que Bolívar ignoró y condenó: el federalismo y el partido político.

Bolívar choca frontalmente con la idea del federalismo en el seno de la Gran Colombia, considerando que llevaría a la disolución de la unidad política. Ignora que, así como puede haber un federalismo que lleve a la disgregación, hay otro que permite asociar las partes hasta entonces dispersas. La demostración se hallaba en los Estados Unidos de América, y resulta dramática la espontánea confesión del Libertador de que no podía comprender cómo este país podía sobrevivir con aquel sistema. Por eso se empeña en unificar y centralizar la Gran Colombia, en lugar de promover una federación entre sus distintas provincias, persuadiéndolas de los beneficios que se derivarían de su unión recíproca. El resultado fue el estallido de aquella unión forzada.

Por otra parte, Bolívar rehuye la formación de partidos políticos. En sus escritos, y notablemente en su proclama final, las expresiones «partido» y «espíritu de partido» tienen idéntica resonancia a las análogas del Discurso de Despedida de Washington, su modelo —justamente el hombre que no comprendió el papel que habían de desempeñar los partidos en el funcionamiento de un sistema democrático, por limitado que fuera.

Y un partido, nada menos que un gran partido, es lo que Bolívar hubiera necesitado para difundir su idea de la Gran Colombia, para

captar adhesiones más allá del reducido círculo de sus íntimos y de sus ilustrados adversarios, y para extraer de la masa popular unos centenares de hombres que le hubiesen secundado desde los puestos clave del poder político. Pero nada más lejos del propósito del Libertador. Esta que era la gran batalla en la que debió jugarse a fondo su carisma de conductor de pueblos para construir la Gran Colombia, ésta fue la batalla que Bolívar nunca dio. Por eso, si tuvo ese carisma que la hagiografía al uso le atribuye, lo cierto es que no se sirvió de él. Y que eludió el problema en el momento crítico, en 1821, el mismo año de la organización de la Gran Colombia en Cúcuta, al emprender la «campana del Sur», hacia el Perú, dejando a sus espaldas el cada vez más enrarecido clima de las pugnas entre localismos y personalismos, entre aquel Santander y aquel Páez que, a diferencia de lo ocurrido con Bolívar, siendo más cortos de ideas y de ambiciones, sí serán reconocidos como jefes por las «fuerzas vivas» de Nueva Granada y Venezuela.

Cuando regrese a Bogotá cinco años después, en 1826, portador de la casi monárquica Constitución de Bolivia, de «perfección casi insuperable», «arca que nos va a salvar del naufragio que nos amenaza por todas partes», ya en realidad poco queda que salvar. Con Páez no logrará un acuerdo duradero, con Santander llegará al rompimiento, la Convención reunida en Ocaña se disolverá sin haber encontrado la fórmula para preservar la unión... El proceso revolucionario se ha escapado definitivamente de las manos del Libertador, que nunca pudo conducirlo más que a medias, y en 1830 el mismo Bolívar, «el eterno traicionado», se aleja casi solo hacia Cartagena y Santa Marta, quizás hacia el exilio como San Martín y de verdad hacia la muerte, nunca del todo resignado a la amargura de ver aniquilado su proyecto y triunfantes sobre las ruinas aquellos letrados y segundones que sin él, sin el concurso de su espada y su genio, tal vez no hubieran llegado a ver América independiente.

Esto es lo que Bolívar logró: la emancipación de las colonias de España. Y esto lo que no pudo conseguir: una América Española fuerte y feliz. Ambos hechos perduran al cabo de siglo y medio, y por eso todavía hoy la victoria de Bolívar es una media victoria, una dudosa victoria (10).

(10) Por eso, como dice Germán Arciniegas (Conferencia en la «Semana bolivariana» de la CEPAL, en Santiago de Chile, 25 octubre 1983), hay que hacer «la segunda independencia latinoamericana»; «apenas se encuentre la posibilidad de hacerla, debemos sacar al Libertador de su tumba y colocarlo frente a los nuevos ejércitos, para ver si logramos realmente ser independientes».

Por eso también es necesario preguntarse, para que el análisis del pasado fecunde nuestro presente: ¿qué hacer hoy con Bolívar?

Es evidente que la herencia del Libertador y su Revolución estancada se ha perpetuado en sus rasgos fundamentales, pero también que han cambiado una serie de circunstancias, al menos una de ellas importante y que Simón Bolívar ya previó: se ha producido la reaproximación entre las naciones hispanoamericanas y su antigua metrópoli. Se puede pensar en alguna forma de reconstrucción de la unidad del Mundo Hispánico. Sin duda es esto lo que expresa la aceptación por parte del rey de España del Premio Simón Bolívar, como expresa la aceptación de la obra misma del Libertador, que para siempre gozará de la irreversibilidad de los hechos consumados.

La respuesta, por consiguiente, a aquella última pregunta es clara: Bolívar vive; a Bolívar hay que conocerlo, hay que asumirlo, para completar y perfeccionar su obra en cada una de las naciones surgidas con la Emancipación —entre ellas España—, y hay que dotar al conjunto de esa unidad superior que él supo concebir, pero no le fue dado realizar.

Luis NAVARRO GARCÍA

I. LOS PRIMEROS ENSAYOS: LA ASOCIACIÓN DE CATÓLICOS Y LA JUVENTUD CATÓLICA

En noviembre de 1876 se comenzó a organizar en Madrid, en torno al Marqués de Válor, la Asociación de Católicos. Sus objetivos, contenidos en un manifiesto público, dejaron de todo todo lo que pudiera identificarse como partido político. En sus pocas páginas que utilizó los medios cristianos dentro de los límites y de la moral de la leyenda la unidad católica y la libertad de la Iglesia. Una Junta Superior, radicada en Madrid, dirigiría la organización, constituida en provincias, distritos y parroquias (1).

(1) CARCEL Y ORTÍ, *Los católicos y la revolución en España (1876-1877)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1972, pag. 232-240.

